

LA EXTINCIÓN DE LOS DINOSAURIOS

Godo Retaminos era un fenómeno. Retaminos Perea, de El Portal, junto al río Guadalete. Incrustaba caras de profesores en los dinosaurios que dibujaba. Encabezaba sus cuerpos monstruosos con frentes deformes, narices puntiagudas, labios rencorosos y babeantes, dientes picados y malolientes y ojos, a veces más de dos, relucientes de maldad.

Nos reíamos mucho. Nos seguíamos riendo cuando nos levantaban el castigo a las ocho y media de la noche. Volvíamos a reírnos repasando los garabatos por los pasillos. Mira, mira, cómo es el del padre Julián. Anda que el del mamonazo del "gorila". Olvidábamos nuestros dedos martirizados por aquellos "no debo reírme en clase" que habíamos escrito cien veces en la pizarra. Y nos reíamos con cojones.

Sólo dejábamos de reírnos cuando veíamos a nuestros padres, juntos –mala cosa -, callados - peor cosa-, serios - terrible cosa -, y como amenazándonos en silencio detrás de la cancela esperando a que saliéramos. Era el presagio de lo que iba a pasar y que pasaba inexorablemente.

Nadie denunció jamás el nombre de Godo cuando encontraron sus caricaturas en el fondo del pupitre, debajo del papel de estraza en el que su madre le envolvía el bocadillo. Aquella tortilla, francesa y cotidiana, despedía un vaho irresistible a la hora del recreo. A

veces resultaba humillante pedirle un pedacito.

Nos traicionó un chivato acaponado, un pelota birrioso que se dejaba acariciar la picha por el profesor de inglés. Anduvimos a la acechona y le dimos su merecido en la alameda del Corralón. No, no fue tanto como luego se exageró. Y no lo fue porque Godo no quiso. Godo era un fenómeno. Por lo de los dinosaurios y por otras cosas. No pudo impedir que, en los calzoncillos del malaje, con bicho dentro, restregáramos unas ramas de rosal, una docena de falsas castañas verdes y mierda fresca de caballo. Tampoco logró evitar que se corriera el rumor de que el traidor era bordadora, sí, eso, mariquita, rumor del que algunos fuimos propagadores entusiastas. Godo se compadecía de aquel pepeleches. Lo dicho. Un fenómeno. Sobre todo por los dinosaurios.

Cuando me encontré a Godo hace más o menos dos meses, me impresionó su aspecto. Siempre fue bajito, rechoncho, con los ojos empuqueñecidos por unas amenazadoras gafas negras, el pelo cortado casi a rape, la boca entretenida en medio abrirse, las manos blandas y resbalosas y las piernas arqueadas como un paréntesis. Ahora estaba delgado, demacrado, desagraciado. Como descuajaringado. Lo saludé efusivamente sin manifestarle mi inquietud ante su decaimiento. Hacía casi treinta años que no nos veíamos.

Pero, Godo, ¿cómo estás? Eternidad sin verte. Te ha tragado la tierra. ¿Desde cuando no nos vemos? Tiempo, tiempo. Fíjate,

incluso me he casado. ¿Te has casado? ¿Contra quién? Ja, ja, ja. Venga, vamos a tomar unas cañas. Bueno, vale, pero tengo que volver a casa cuanto antes. Bueno, hombre, tranquilo.

El camarero de toda la vida, con sus manos venosas y sus piernas torturadas por varices, nos reconoció a la primera. Hacía por lo menos treinta y tantos años que no entrábamos juntos en ese bar. Aquella última vez doce o trece gamberros que habíamos aprobado la reválida de sexto de Bachillerato, bombardeamos el espejo central de "La Reliquia", que así se llamaba el garito, enloquecidos por las macetas de cerveza. Como para olvidarnos.

¿Qué tomarán los señores? Pues, dos cañas, ¿no? Vale. ¿Algo de tapa? ¿Siguen poniendo los mejillones en escabeche sobre una patata aliñada, un perejilito y un pimiento morrón? Claro, es la especialidad de la casa. ¿Vale, Godo? Vale, bien. Marchando dos de mejillones, se alejó cojeando con su nariz moyatosa invadida por una selva de pelos grises.

Joder, Godo, ¿cómo es que te has casado? ¿Tú no? Yo no, yo no. He tenido mis apaños, pero lo pasé mal. Con Margara, ya sabes. No, no sé. Sí, hombre, algo te habrán dicho. No, qué va, no he visto a nadie desde hace años. En fin, que me dejó. Me escribió poco antes de la boda y me contó lo del otro. Lo siento mucho. No, yo no. Hice un pacto con el tiempo. Yo resistía y él borraba. Y funcionó. No siempre funciona, bisbiseó a partir de alguna íntima reflexión. De buena me libré después de todo. Pero, lo tuyo, tío, es

de película: ¿casarte a los cincuenta? Pues sí, con Magdalena, la hermana de Ricardo. ¿La "mudita"? La misma. Perdona, no he querido ofender. Es que no abría la boca ni para comer. No, no me ofende. Y, ¿va la cosa bien? Estamos muy enamorados, como al principio, más si cabe -, dijo antes de sumirse en un silencio pegajoso. Pero yo no estoy sano. Venga ya, Godo, coño. Me estoy muriendo a chorros, le salió del alma.

Pegué un salto en la silla. Indignadísimo. Siempre tuve una espléndida disposición para la hipocresía. Efectivamente tenía la cara de un color terroso y se adivinaba que en su intimidad avanzaba un enemigo concienzudo. ¿Qué me dices, Godo? Pues, sí, me estoy muriendo. Lo sé desde hace un año. Pero, Godo, ¿qué tienes? Consunción. ¿Consunción? Me consumo de amor. Nadie muere de amor. Eso era antes. ¿Qué digo antes? Nunca. Te lo dice quien ha sobrevivido. ¿Qué te pasa? Tú lo has notado en cuanto me has visto. Debilitado, desmadejado, en una palabra, desahuciado. Qué va, qué va, mentí sin convicción. Estás cambiado, sí, pero es que hace muchos años que no nos vemos. Tú eras más bien gordito y te veo más delgado, eso sí, pero ya está. Ahora hay majaras que pierden doce kilos en un mes con esas dietas. Mi debilidad, amigo mío, no tiene que ver con la enfermedad, sino con el amor. Pero, Godo, ¿de qué me estás hablando?

Todavía estoy sorprendido por lo que me confesó en aquella cervecería ante la mirada perpleja de un plato de camarones cocidos. Él y Magdalena se habían casado en la Iglesia de la

Misericordia. A los cuarenta y ocho años. Siendo todavía novios, ella manifestó alguna anomalía en las conversaciones. No le dio importancia. Hablaba demasiado y parecía no saber terminar lo que estaba diciendo. Pero sólo ocurría de cuando en cuando.

Fue el día de la boda cuando se reveló el problema con toda su crudeza. El sacerdote le preguntó si lo aceptaba por legítimo esposo y esas cosas del ceremonial. Ella debía decir sencillamente sí pero rompió a hablar. Sí, sí. Claro que lo quería. No, cuando era niña no, que le gustaron otros, aquel chico de Córdoba y aquel otro, el hijo del policía, que luego fue comisario en Benalmádena. Pero claro, es que Godo era feo de pequeño. Feo no, feísimo, rayando en lo desagradable. No, ella no quería contar aquellas cosas, pero claro, si alguien le preguntaba, pues...

La gente quedó atónita durante diez minutos, tal vez porque lo que presenciaba era alucinante o porque saboreaba ya un lunes atiborrado de comentarios jugosos sobre la boda. Los invitados comenzaron a inquietarse cuando dieron las dos de la tarde y Magdalena continuaba hablando de las vecinas, de las tres a la vez, del sastre que vivía encima de su casa y de la infame mortadela que vendía el dueño de "La Gruta", una tienda muy rara de la calle del Río.

Hacía ya un rato que las arras se habían despeñado de las manos de unos aburridos sobrinitos que, para hacer tiempo, deshilachaban con sadismo la casulla del oficiante. Las tripas de los asistentes manifestaban ruidosamente su exigencia de

compensación por los regalos. El cura no sabía qué otra cosa rezar. El organista contratado había proclamado su enfado interpretando siete veces seguidas, y a cual peor por cierto, la marcha nupcial. Hasta el Cristo del paso de misterio de la Santa Cena pareció bostezar.

Godo no quería cargarse el día de su boda. La sacó de allí, la empujó hacia la limusina y la llevó al restaurante. Ella siguió hablando y hablando. El convite no se suspendió por miedo. Dejar sin comer a aquel gentío hubiera sido realmente peligroso. Godo la encerró en el cuarto de baño y atendió a los allegados aduciendo razones cada vez más absurdas. Pidió disculpas y volvió con ella. Ni siquiera había advertido su ausencia. Seguía hablando, ahora del tocaté, del marro y otros juegos de niños de la calle Portento. Ah, y de la vuelta ciclista a la mesa del comedor con los platillos vírgenes de los botellines de Cruzcampo sobre un mantel de plástico de casa Vázquez.

Cuando llegó la noche, Magdalena relacionó a Godo con el patio del colegio y con el fútbol, cosa extraña, porque, el deporte no le interesaba lo más mínimo y, precisamente, siempre odió las divisiones, la primera, la segunda y la tercera. Se enredó con los equipos de regional preferente, algo imprevisto, se adentró en la leyenda de los dineros de los fichajes, continuó con las retransmisiones televisivas y siguió examinando el caso de las primas a terceros.

Le pidió por lo más sagrado que se callara, pero ella perseveró con una relación de las principales rivalidades futbolísticas mundiales, la impropia dimensión de los palcos, la nómina de los periodistas deportivos corruptos, las comisiones ilegales de los intermediarios y los contratos de publicidad. Llegó la noche y continuaba hablando del colegio de árbitros, de las escuelas infantiles, de la afición y sus vicios y de las nuevas tecnologías de los marcadores simultáneos. Cuando despertó, seguía enumerando argumentos para derogar definitivamente la norma del fuera de juego y haciendo una sesuda y razonada crítica de la indumentaria de los jugadores en invierno.

Entonces, enternecido por lo que consideró un desquiciamiento inmerecido y pasajero, intentó callarla con un beso. Funcionó durante un corto y maravilloso rato. Luego, esbozó su teoría del color del banderín del córner y tres maneras distintas de comprar polvo de tiza para pintar las líneas del campo a mejor precio mediante un riguroso sistema de contratación sucesiva. La besó de nuevo, apasionada e imperiosamente, le quitó la palabra a mordiscos y casi la violó, o eso me dijo.

No creyó entonces que pudiera establecerse una relación causa efecto entre el tránsito sexual y el fin de la perorata. Para su sorpresa, estuvo comedida durante tres semanas. Pero una tarde, y sin venir a cuento, comenzó a hablar del precio de la merluza, del acuerdo fallido con Marruecos, de los nuevos caladeros de Terranova, de la necesidad de impulsar las fábricas de marisco en

piscifactorías, de la organización de las especies en los mostradores de las plazas de abasto, de las ventajas de los boquerones victorianos, de los chocos fritos, de Cádiz, de El Puerto de Santa María... Dios santo. Volvió a besarla antes de que pudiera razonar sobre las espinas de una acedía de Sanlúcar que se había escapado del almuerzo. Se revolcaron sobre la apagada discreción de la alfombra durante más de dos horas. Bien, lo logró de nuevo, pero la cosa fue a mayores.

Era como si sus palabras necesitaran arrinconar al silencio o devorarlo, como si se hubieran independizado de su boca o como si todas sus inhibiciones infantiles hubieran sido desautorizadas de golpe por un cerebro entusiasmado. Hablaba y hablaba sin descanso. Más que un abogado, mucho más que un político, infinitamente más que un obispo, más incluso que su madre, algo que, verdaderamente, parecía imposible. Hablaba de sus flores, de la bolsa, de la pintura de las casas, de los créditos hipotecarios, de la puesta de sol, del gobierno, del alcalde, de su mujer...De todo, sin parar y sin motivo. Empezaba por cualquier parte y seguía y seguía y seguía. Sí, exactamente eso, como aquel móvil perpetuo que nos explicaron en la lección del principio de inercia. Bueno, paraba cuando Godo la besaba y sin dejar de besarla un momento, la arrojaba sobre la cama y la conmovionaba sexualmente. Sólo después de tan abominables ataques de lujuria, Magdalena callaba.

A los tres meses de casados, la duración media del período que él llamaba amargamente "verbus interruptus" era de unos diez

días. A los seis meses, se había reducido a cuatro. Al año, era sólo de seis horas. ¿Y ahora, Godo? Ahora, cada hora y media. Y ya me toca, dijo mientras se bebía la caña con desesperación y se despedía de mí jurándome que la quería igual que el primer día. Supe que me mentía porque estaba temblando. En la época de los dinosaurios, cuando nos llamaba el director para interrogarnos sobre alguna trastada, yo lo negaba todo con la mayor sinceridad. Él temblaba. Más de un disgusto nos costó aquel temblique delator.

Nunca se me hubiera ocurrido que aquel Godo Retaminos que parecía tan tímido terminara siendo el que más había follado de todos los compañeros de la clase. Qué digo de la clase. Si se hacían números, Godo llevaba camino de convertirse en el ser humano que más había follado en toda la historia.

Las buenas gentes le aconsejaron un psiquiatra, un exorcista, un esparadrapo, un divorcio, una castración, unos tapones de cera e incluso una buena paliza. Ah, y cajas y cajas de valeriana sintética, de dormidina e incluso de valium 100. Pero no, no. Él la quería, incluso más que nunca. Eso fue lo que me dijo tiritando como una merenga.

Trece días después de aquel encuentro, la esquila del periódico dio cuenta de que mi amigo Godo, en efecto, había terminado de consumirse. Llegué al cementerio y me quedé estupefacto. Magdalena, la charlatana incontinente, estaba callada como una muerta. No decía ni pío. Nada. Me había entrenado para

soportar una disertación interminable sobre la madera de los ataúdes, sobre el ocaso de las empresas funerarias o sobre la mitología contenida en la figura del ciprés. Pero nada. Ni una puta palabra.

Imaginé una sucia conspiración de tamaña viuda negra para quedarse con los bienes de mi amigo. Fantaseé con la venganza minuciosa de esa arpía que no lo quiso nunca y que estaba secretamente entregada a otro hombre, seguramente a un ventrílocuo. O a un abogado. O a un político. De alguna parte tenía que proceder su insufrible retórica.

Fingí no verla cuando pasó por mi vera regresando del nicho en el que el pobre Godo aprendía a disiparse. Mala pécora. ¿Y si fuera sencillamente tonta, tonta de caerse al suelo? Los tontos, como se sabe, no descansan y pueden hacer un daño irreparable. En fin, ya no había solución.

Me dirigí funeralmente a La Reliquia. In memoriam. Pedí una caña con la tapa de siempre. El camarero de las varices me dijo que tenía algo para mí. ¿Para mí? Sí, de un amigo suyo. Me dijo que se lo diera si lo veía de nuevo. Al poco rato, volvió con un sobre mediano y lo dejó junto al mejillón. Lo abrí con impaciencia. Me miró todo el mundo cuando empecé a reírme. Primero, quedamente y luego con cojones, como en el colegio.

Allí, encima de la mesa, sobre una lámina que amarilleaba por

el lado del gusanillo, destacaba el dibujo de un dinosaurio monstruoso. Y, encajada en él, se retorció la cara de Magdalena, con la frente deforme, la nariz puntiaguda, los labios rencorosos y babeantes, los dientes picados y malolientes y los ojos, bastantes más de dos, relucientes de maldad.

A tu salud, amigo, brindé con emoción, mirando al cielo.

Lo diré siempre. Godo era un fenómeno.